

LÁGRIMAS, PRUEBAS, CONFIANZA, TESTIMONIO

presidente Thomas S. Monson
Segundo Consejero en la Primera Presidencia



"Una fe firme, una confianza constante y un deseo ferviente han caracterizado siempre a los que le sirven al Señor con todo su corazón."

¿Habéis meditado alguna vez acerca del valor de un alma humana? ¿Os habéis preguntado acerca del potencial que yace en cada uno de nosotros?

Poco después de haber sido llamado al Quórum de los Doce, asistí a una conferencia de la Estaca Monument Park West, en Salt Lake City. Mi compañero era miembro del Comité General de Bienestar de la Iglesia, el hermano Paul C. Child, quien era un estudioso de las Escrituras y había sido mi presidente de estaca durante los años en que yo poseía el Sacerdocio Aarónico; y ahora estábamos juntos como visitantes de esa conferencia.

Cuando le tocó participar, el presidente Child tomó Doctrina y Convenios y bajó del púlpito para estar entre los poseedores del sacerdocio a los cuales iba a dirigir su mensaje. De la sección 18 leyó:

"Recordad que el valor de las almas es grande a la vista de Dios . . .

"Y si acontece que trabajáis todos vuestros días proclamando el arrepentimiento a este pueblo y me traéis, aun cuando fuere una sola alma, ¡cuán grande será vuestro gozo con ella en el reino de mi Padre!" (Vers. 10, 15.)

El presidente Child levantó la vista y preguntó lo siguiente a los hermanos del sacerdocio: "¿Cuál es el valor de un alma?" Evitó pedir una respuesta a un obispo, al presidente de estaca o a un miembro del sumo consejo, sino que escogió a un presidente de quórum de élderes, un hermano que había estado adormilado y que no había prestado atención a la pregunta.

El hermano, sobresaltado, dijo:

-Hermano Child, ¿podría repetir la pregunta?

A lo que él volvió a preguntar:

-¿Cuál es el valor de un alma?

Yo conocía bien el estilo del presidente Child y oré fervientemente por aquel presidente de quórum. Este permaneció callado por lo que pareció una eternidad y entonces dijo:

-Hermano Child, el valor de un alma humana consiste en la capacidad que ésta tenga de llegar a ser como Dios.

Todos los presentes meditamos en la respuesta. El hermano Child regresó al púlpito e, inclinándose hacia mí, me dijo:

"¡Una respuesta muy profunda; una respuesta muy profunda!" El prosiguió con su mensaje, pero yo seguí reflexionando en aquella inspirada respuesta.

El allegarse, enseñar y tocar las preciosas almas para las que nuestro Padre ha preparado Su mensaje es una obra monumental. El éxito casi nunca es fácil y, generalmente, le preceden las lágrimas, las pruebas, la confianza y el testimonio.

Pensad en la magnitud de la exhortación del Salvador a sus Apóstoles cuando les dijo:

"Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;

"enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." (Mateo 28:19-20.)

Los hombres a quienes dio esta exhortación no eran propietarios de tierras, ni tenían la educación de un erudito. Por el contrario, eran hombres comunes, hombres de fe, hombres devotos, hombres "llamados de Dios".

Pablo testificó a los corintios: "No sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles;

"sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte. (1 Corintios 1:26-27.)

En el continente americano, Alma igualmente aconsejó a su hijo Helamán: "Te digo que por medio de cosas pequeñas y sencillas se realizan grandes cosas" (Alma 37:6).

Entonces y ahora, los siervos de Dios se consuelan con la afirmación del Maestro: "Estoy con vosotros todos los días" (Mateo 28:20). Esta magnífica promesa os apoya a vosotros, hermanos del Sacerdocio Aarónico que sois llamados a cargos de liderato en los quórumes de diáconos, de maestros y de presbíteros; os alienta a vosotros en vuestra preparación para servir en el campo misional; os alienta en los momentos de desánimo que a todos nos llegan. Esta misma promesa os motiva e inspira a vosotros, hermanos del Sacerdocio de Melquisedec, conforme guiéis y dirijáis la obra en los barrios, las estacas y las misiones.

"Por tanto, no os canséis de hacer lo bueno", dijo el Señor, "porque estáis poniendo los cimientos de una gran obra. Y de las cosas pequeñas proceden las grandes.

"He aquí, el Señor requiere el corazón y una mente bien dispuesta." (D. y C. 64:33-34.)

Una fe firme, una confianza constante y un deseo ferviente han caracterizado siempre a los que le sirven al Señor con todo su corazón.

Esta descripción simboliza los comienzos de la obra misional después de la restauración del Evangelio. En abril de 1830, Phineas Young recibió un ejemplar del Libro de Mormón de manos de Samuel Smith, hermano del Profeta y, unos meses después, viajó a Canadá. En Kingston expresó lo que se cree que fue el primer

testimonio de la Iglesia restaurada dado más allá de las fronteras de los Estados Unidos.

En 1833 el profeta José Smith, Sidney Rigdon y Freeman Nickerson viajaron a Mount Pleasant, en la misma provincia de Canadá, donde enseñaron, bautizaron y organizaron una rama de la Iglesia. En cierta ocasión en junio de 1835, seis de los Doce realizaron una conferencia en dicho país.

En abril de 1836, el élder Heber C. Kimball y otros entraron en la casa de Parley P. Pratt y, llenos del espíritu de profecía, pusieron las manos sobre la cabeza del hermano Pratt y declararon:

"Irás a Canadá, sí, a la ciudad de Toronto, . . . y allí encontrarás a personas preparadas para recibir la plenitud del evangelio, y te aceptarán, y organizarás la Iglesia entre ellos, y muchos recibirán el conocimiento de la verdad y se llenarán de gozo; y de lo que surja de esta misión, la plenitud del evangelio se extenderá a Inglaterra, lo que dará la oportunidad de hacer una gran obra en esa tierra".

En julio de este año se conmemorarán los ciento cincuenta años del comienzo de la obra en Inglaterra. Nos regocijamos con los grandes logros de aquellos primeros misioneros y de aquellos a quienes el Señor preparó para ayudar en el progreso de esta obra de los últimos días.

El llamado a servir siempre ha caracterizado a la obra del Señor. Dicho llamado rara vez viene en el momento más conveniente, pero nos hace humildes, nos impulsa a orar y nos inspira a tomar la determinación de comprometernos a trabajar en la obra. Ese llamado llegó a Kirtland, y le siguieron revelaciones; ese, llamado llegó a Misuri, y prevalecieron las persecuciones; ese llamado llegó a Nauvoo, y murieron profetas; ese llamado llegó al Valle del Gran Lago Salado, y surgieron las dificultades.

Esa larga jornada, hecha en circunstancias tan difíciles, era una prueba de fe. Pero de la fe forjada en medio de las aflicciones y de las lágrimas nace la confianza y el testimonio. Sólo Dios puede medir la magnitud de ese sacrificio; sólo Dios puede medir el grado de dolor; sólo Dios conoce el corazón de aquellos que lo sirven, tanto en aquel entonces como en la actualidad.

Las lecciones del pasado dan vida a nuestros recuerdos, afectan nuestra vida y guían nuestras acciones; hacen que nos detengamos y recordemos la divina promesa: "De modo que. . . estáis en la obra del Señor; y lo que hagáis conforme a su voluntad es el negocio del Señor" (D. y C. 64:29).

Una de esas lecciones se presentó en un programa de radio y televisión que muchos recuerdan con cariño. El programa se titulaba "Los días del Valle de Muerte", en el que parecía que el narrador entraba en nuestra sala al oírle contar las historias del oeste de los Estados Unidos.

En uno de esos programas, el narrador contó cómo se obtuvieron los cristales para las ventanas del tabernáculo de Saint George, Utah. Tras fabricarlos en el este, los embarcaron en Nueva York en una nave que se hizo a la mar por la larga y a veces peligrosa ruta del Cabo de Hornos y hacia el norte por la costa occidental de América.

Desde allí llevaron los preciosos cristales, embaldosados, hasta San Bernardino, California, donde los dejaron en espera de la jornada por tierra hacia su destino.

David Cannon y los hermanos de Saint George tenían la responsabilidad de ir a buscar los cristales a San Bernardino con sus carretas y yuntas a fin de que el tabernáculo del Señor pudiera terminarse. Pero había un problema: para pagar los cristales necesitaban la suma de ochocientos dólares, lo que, en aquel entonces, era una cantidad exorbitante de dinero, y ellos no la tenían. David Cannon le dijo a su esposa e hijo:

-¿Creen que podemos juntar ese dinero para comprar los cristales del tabernáculo?

Su hijito David le dijo:

-Papi, ¡sí podemos! -y sacando dos centavos del bolsillo, se los dio a su padre.

Wilhelmina Cannon, la esposa de David, buscó en todos los lugares secretos que toda mujer tiene en la casa y colectó tres dólares y medio en plata. Se pidió ayuda a todos los de la comunidad y por fin llegaron a acumular la suma de doscientos dólares, seiscientos dólares menos de lo que necesitaban.

David Cannon dio un profundo suspiro de desesperación, típico del que ha fracasado después de haber intentado todo. Los de la familia estaban demasiado fatigados para ir a dormir y muy desilusionados para comer, de modo que ofrecieron una oración. Al despuntar el alba reunieron a los carreteros con sus carretas y yuntas listos para emprender la larga jornada a San Bernardino, con seiscientos dólares de menos.

Entonces alguien llamó a la puerta y Peter Nielson de la cercana comunidad de Washington, entró en la casa y le dijo:

-Hermano David, varias veces he soñado que debía traerle el dinero que he ahorrado para agrandar mi casa, porque usted sabría a qué destinarlo.

Mientras los hombres se reunían alrededor de la mesa, entre ellos el pequeño David, Peter Nielsen sacó un pañuelo y, una por una, dejó caer unas monedas de oro sobre la mesa. Cuando David Cannon las contó, sumaban exactamente seiscientos dólares, la cantidad que necesitaban para comprar los cristales. En menos de una hora los hombres se despidieron y, con sus yuntas, emprendieron el camino a San Bernardino para ir en busca de los cristales para el tabernáculo.

Cuando este relato verídico se narró en "Los días del Valle de Muerte", el pequeño David Cannon contaba ya con ochenta y siete años de edad. Escuchó el relato absorto, y percibo que en sus recuerdos volvió a oír el sonido de las monedas de oro que caían, una por una, sobre la mesa mientras los hombres, asombrados, veían con sus propios ojos la respuesta a sus oraciones.

Los tabernáculos y los templos están contruidos con mucho más que piedra y mezcla, madera y vidrio. Así es particularmente cuando hablamos del templo que describió el apóstol Pablo: "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de

Dios mora en vosotros'?" (1 Corintios 3:16). Dichos templos están contruidos con fe y ayuno; con servicio y sacrificio; están contruidos con tribulaciones y testimonios.

Si algunos de los hermanos que me escuchan piensan que no están preparados o que son incapaces de responder al llamado a servir, a hacer sacrificios, a bendecir la vida de los demás, recuerden esta verdad: "A quien Dios llama, Dios prepara".

Si el Señor está al tanto de los pajarillos que caen a tierra, con mayor razón nunca abandonará a los que le sirven.

Que el Señor os bendiga, mis hermanos, a vosotros, los poseedores del sacerdocio. "Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio." (1 Pedro 2:9.)

Ruego que respondamos positivamente al llamado del profeta José Smith, que dijo: "Hermanos, ¿no hemos de seguir adelante en una causa tan grande? Avanzad, en vez de retroceder. ¡Valor, hermanos; e id adelante, adelante a la victoria!" (D. y C. 128:22). Esta es mi ferviente y humilde oración, en el nombre de Jesucristo. Amén.